

# CULTURA & OCIO

[ EXPOSICIÓN CON TRASFONDO SOCIAL ]

José Mari Moraza celebra en Martutene la primera exposición en un centro penitenciario del Estado. El pintor donostiarra expone 200 obras, un mural y una instalación hasta el día 28

DAVID TABERNA

«Son nuevas galerías para el arte. La frase surge de forma distendida, entre bromas y apuntes que se lanzan en una mesa redonda. La componen el pintor donostiarra José Mari Moraza, el artista Andrés Jauregi, funcionarios del centro penitenciario de Martutene, y miembros de IRSE, una ONG guipuzcoana. La reunión improvisada es la culminación a la vista al montaje de la exposición que José Mari Moraza celebra hasta el día 28 en el cárcel de Martutene. Cerca de 200 cuadros del pintor donostiarra colocados sobre cada una de las celdas, un gran mural, y una instalación que recrea una máquina del tiempo componen la primera exposición que se realiza en los 73 centros penitenciarios que hay en España. Son las cinco de la tarde. Ha concluido la hora de la siesta. Los internos de Martutene salen de sus celdas mezclados con las obras de Moraza como el hubble-iran estado allí desde que se abrieron en 1982. Aunque pueda parecer estrambótica, la escena resulta de lo más normal. «Los internos aguedan a valores algo que no les es útil. Muchos no lo entienden, pero lo respetan», apunta Moraza.

Tras participar el año pasado en la Bienal de Florencia, José Mari Moraza (San Sebastián, 1960) consentió a idear un proyecto basado en abrir el arte a nuevos espacios y colectivos menos favorecidos. Meses después, el plan de realizar una exposición que tuviera una labor social de traslado recorre las ocho galerías—cinco de hombres, menores, mujeres y enfermeras—de la cárcel de Martutene.

Hasta que no se cierra una puerta no se abre la siguiente. Es la primera toma de contacto, un corcorrón que recuerda al visitante dónde se encuentra. Es una visita a la primera exposición que un artista realiza en un centro penitenciario. No hay guía que explique las obras, ni catálogos que pongan en contexto las piezas expuestas, ni taquilla donde comprar la entrada. El público vive en la propia sala de exposiciones. «Como ellos no pueden salir fuera, el arte les visita. Es un cambio radical de concepto», explica José Mari Moraza, quien subraya continuamente la palabra que engloba el proyecto: «Comunicación». Entre los que vivimos fuera de Martutene y los internos. Entre el arte y las personas».

## Túnel del tiempo

Antes de que se abran las puertas que conducen al interior del centro penitenciario, se entregan los carnés de identidad. Los móviles se dejan en la taquilla, apagados. Un pasillo central conduce hasta las escaleras que dan acceso a las galerías donde están las celdas. Según se deja y se avanza unos metros, se oye a la derecha Comunicaciones, la sala de visitas. El silencio lo domina todo. Los pocos sillas de madera que dan acceso al recorrido llega a su primera parada: La sala de vídeo. «Toda la expo-

## Arte en las galerías de Martutene



Un gran mural realizado con pequeñas obras de Moraza preside la Planta Alta de Martutene. [LÓTTA]

stición es una instalación y esta sala forma parte de ella», señala Moraza. El pintor donostiarra ha pintado la sala completamente de negro. Seis focos la iluminan desde el techo. Varias lonas de color negro tapan un suelo donde Mora-

za ha colocado cien transparentes, pequeños cuadros de 27 x 24 de color blanco realizados con maderas, aerosoles y colas. La única luz natural se hace poco a través de una ventana que da al pasillo. «Así los presos pueden ver la

sala cuando pasan por aquí», explica Moraza. «Esta instalación es una caja negra. Da la sensación de acceder a un túnel del tiempo, un espacio donde la mente se retiene y busca la libertad. Jugamos con la luz para transformar el

espacio. A través del ventanal que no se ha tapado los internos pueden ver con tranquilidad esta instalación. «Aquí hay mucho movimiento por la mañana, a las 10, de IRSE Gipuzkoa, una ONG subvencionada por el Gobierno Vasco, la Diputación de Gipuzkoa y el Ayuntamiento donostiarra que ha servido de enlace entre Moraza y el centro penitenciario de Martutene.

Abandonando el túnel del tiempo, el visitante se topa con un pequeño pasillo, con tres puertas. Son los talleres de pintura, inglés y cerámica. «Los talleres los llevan unas monjas», explica la subdirectora de Tratamiento de Martutene. La sala de pintura está repleta de lienzos creados por los internos. Colocan vivos y fuecos iluminan una habitación habitada por pájaros, caballos, paisajes, puertas... los protagonistas de la mayoría de los cuadros. «Aquí hay mucho arte reprimido», avanza Patxi, un interno de Martutene que trabaja pintando en Mantenimiento. El taller de pintura está presidido por varios carteles que repiten: «Respeto. No tires colitas ni papeles al suelo. Recoge tu cosas».

## Charla y talleres

La exposición de Moraza no consiste en colgar los cuadros, recoger el kit de pintor y marcharse sin mirar atrás. «Durante dos meses voy a impartir a los presos talleres de pintura dos veces por semana. Además, les voy a dar una charla a todos los que quieren donde les explicare la exposición y cómo he llegado al mundo del arte», señala el pintor donostiarra, que se esfuerza, entusiasmado, por explicar el mayor número de cosas en el menor tiempo posible.

La luz de sol invade los pasillos golpeando con fuerza la imagen de una Virgen que cuelga de la pared de la Planta Centro-Franja Alta. En frente de la Virgen, un gran mural de dos metros de ancho por tres de alto realizado por Moraza domina el escenario. «El mural lo forman veinte cuadros blancos colocados sobre un fondo naranja».

Las cinco galerías donde están las celdas de los hombres nacen desde el centro del complejo, como cinco ramas extendidas que surgen de un gran tronco. No hay fondo ante las puertas, pero sobre cada celda cuelga una obra de José Mari Moraza. Son cientos, como hilera interminables. Los símbolos sobre fondo naranja de Moraza, cuya versión anterior expuso en la Bienal de Florencia, presiden cada instancia. «Los cuadros tienen el mínimo de elementos. En ellos, a través de lenguajes sencillos y depurados hablo de la comunicación con el espectador». «Son figuras que recuerdan a la pintura de vanguardia que se realizó en Europa en el periodo de entre guerras», explica el crítico de arte José Javier Fernández.

Dos semanas es el tiempo que llevó a Moraza colocar las 200 obras. «Al principio, los presos preguntaban extrañados qué era eso. No lo entendían pero lo res-